

RODO Y ZORRILLA DE SAN MARTIN

TRES MOMENTOS DE UN DIALOGO INTELECTUAL

Dos móviles me llevan a publicar estas breves notas. Uno vale por una modesta ofrenda rodoniana; en este año del cincuentenario de "Ariel", no resulta ocioso aportar algún ejemplo de los reflejos y resonancias mejores del libro conmemorado. La que comentaré pertenece a esa —no muy nutrida— categoría. El otro, menos ocasional, es el de contribuir, así sea de modo somero, al estudio del Novecientos uruguayo que, muy brillantemente, algunos colegas y amigos están realizando. Y para ese estudio, la historia de las relaciones personales entre las figuras mayores de nuestro principio de siglo es insoslayable — si es que de veras queremos comprender el impar momento, — y si nos colocamos, como lo hago, en esa concepción, crecientemente aceptada, de la historia cultural, que busca en cada época las generaciones, y en cada generación la constelación biográfica y el entrelazamiento, armónico o polémico, de ideas y actitudes.

Pero ese análisis, que cabría llamar horizontal, de lazos existentes entre hombres de la misma altura vital, no excluye el interés de otro, el que calificaríamos de vertical y que observa, mediante un corte entre diversos tiempos, ese entrelazamiento de edades distintas que hace que la actividad de cada capa generacional no sea un monólogo estéril, solitario, sin ecos.

Emir Rodríguez Monegal en un artículo reciente (1) ha expuesto, muy pulcramente, las relaciones de Rodó con sus coetáneos. Aunque aludidas (2), quedaron naturalmente fuera de su estudio las muy cordiales y llenas de interés, que existieron entre José E. Rodó y Juan Zorrilla de San Martín.

Pertenecían éstos a dos generaciones, a dos promociones distintas. Profesaban ambos, más abajo de la inmediata disimilitud de ideas, dos diferentes "estilos del pensar", como diría Eugenio D'Ors, y muy diversa forma expresiva. En dos olvidados artículos de "La Prensa", Mario Falcao Espalter (3) hizo, hace años, el balance de sus oposiciones. Para el ensayista compatriota Rodó tenía más "ilustración", Zorrilla más "formación intelectual". Zorrilla buscó la verdad por el camino de la bondad; hacer las cosas bien; Rodó por el camino de la belleza: decirlas... Mucho los unía: su común inclinación política, su tolerancia, su devoción americanista, la inalterable pasión del arte.

Cuatro años después de Falcao, Héctor Villagrán Bustamante renovó el paralelo, señalando, entre otras cosas, que "Rodó iba al entendimiento, mientras que Zorrilla iba al corazón" (4).

Pero no es mi blanco ahora renovar estos ejercicios tan limitadamente esclarecedores, tan limitadamente útiles, sino el de señalar tres momentos de una relación intelectual que, al sesgo de lo puramente afectivo e íntimo, señala posiciones espirituales que conservan su bipolar vigencia y son altamente reveladoras.

Primer momento: el 25 de junio de 1896 José Enrique Rodó había publicado en "La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales", "El que Vendrá". Con mucho de ensayo y algo de lírico desahogo, aunque ordenadas de modo inflexible, estas páginas primicias del futuro maestro eran el síntoma cabal de esa enfermedad finisecular que tan caudalosa representación estaba teniendo en Europa, que tan inferior y endeble la tendría, por lo general, desde este lado del mar. Angustia, desorientación, psicosis de naufragio, y vacío, — los generales estados — no sumergían del todo una indeclinable esperanza y una salud natural y como orgánica, pronta a dejar ya estos andadores efusivos. Un año después, en forma de opúsculo y ordenada en serie de "Vida Nueva, I", apareció "El que Vendrá". Rodó, como lo hizo más tarde habitualmente, lo envió a Zorrilla y éste, que comprendió bien la importancia de la breve obra, redactó, en agosto de 1897, el borrador de una carta que, al cabo, y no se conocen las razones, no envió.

Pese a su larga ineditéz, las palabras de Zorrilla valen por un documento irremplazable — al engranarse con el ensayo que comentan — del contraste entre un estado — a la vez auténtico y literario — de angustia histórica (el de Rodó) y la tranquila seguridad (de Zorrilla) del hombre instalado en un patrimonio clásico riquísimo y en una ortodoxia divinamente habitable.

Partía Zorrilla de una pregunta:

¿Cómo es posible, pensaba yo al leer sus angustiosas páginas sobre "El que vendrá", cómo es posible, que una alma joven y vigorosa como la del que esto escribe, no haya encontrado todavía en las creaciones literarias de la humanidad una obra que haya dado forma a muchas de sus ansias, reflejado los estremecimientos de su espíritu, inventado siquiera un nombre para muchas de sus misteriosas inquietudes? (5)

Continuaba con una negación:

... De ahí que Vd. llame a voces "al que vendrá", al que, superando a sus predecesores, satisfará su anhelo. Creo que Vd. esperará en vano. Esa progresión, que es propia de la ciencia humana, no existe en el arte; el primero que estudió la chispa eléctrica es el precursor de Edison y de Roentgen; aquél sabía menos que éstos, pero Homero y Esquilo no son precursores de Dante, de Shakespeare o de Cervantes ni sentían menos... (6)

Concluía — sustancialmente — con una observación que se acendrabá hasta cordial advertencia:

Y si eso es verdad en la serie de los genios y de los grandes hombres comparados con los otros, ¿qué decir si parangonamos las grandes obras consagradas con las producciones de éste nuestro arte contemporáneo, tan copioso pero también tan vertiginoso y fugaz? Me parece verlo a Vd., sin embargo, encerrado en él, limitado y casi ahogado por él... (7). Ahora bien: ¿no le parece a Vd. que el dejarse dominar demasiado por el inestable

prestigio de esa inmensa producción y el apresurarse a aceptar su anterioridad de un día como dogmática, nos expone a ser un átomo de esa ola que pasa y a pasar con ella sin dejar rastro en nuestra tierra? (8)

Tres años después, en 1900, salieron de la imprenta de Dornaleche y Reyes el "Ariel" de Rodó y el "Huerto Cerrado" de don Juan Zorrilla. No sabemos que la obra del amigo haya suscitado en ninguno de los dos, algún testimonio crítico o comentario inmediato. Pero si "El Huerto Cerrado" que no es obra mayor de Zorrilla, no dejó rastros en el ensayista, "Ariel", que lo es de Rodó, obraría hondamente, con cierta acción retardada, sobre el poeta de la "Leyenda".

* * *

Un segundo momento de la relación entre estos dos hombres está ocupado por una labor común y por una generosa defensa. En 1910, Rodó y Zorrilla viajaron a Chile como delegados del gobierno uruguayo en las fiestas del centenario trasandino. Allí Rodó pronunció un discurso memorable que fué cifra — nunca mayormente variada — de sus ideas americanistas, y Zorrilla renovó las emociones, melancólicas sin duda, de un tercio de siglo antes (9). Su discurso en el Palacio de Bellas Artes (10), más efusivo, más ocasional, menos construído y rotundo que el de Rodó, alienta, empero, con la misma convicción hispanista y americana y señala en la mentalidad del poeta un rasgo común — de católica raíz — con el autor de "Ariel". Es el de concebir los afectos y las fidelidades de carne y espíritu en una armoniosa amplitud, en un movimiento seguro de círculos concéntricos. Del lugar, de la familia, del partido zarpaban ambos para ese itinerario de amor que recalaba en la patria, y de la patria llegaba a Hispanoamérica, y que de ella se ensanchaba hasta la civilización madre y fundadora (y que en Zorrilla naturalmente no se detenía en ella...). Ricardo Rojas ha señalado acertadamente este rasgo en Rodó (11); en el discurso aludido lo rubrica, con su elocuencia habitual, Zorrilla (12).

Poco más tarde, en la sesión de la Cámara de Representantes del 16 de abril de 1912, se planteó el pedido del Poder Ejecutivo, solicitando para Zorrilla una remuneración de cinco mil pesos por su "Epopéya de Artigas". Parecía una simple cuestión de trámite a la que asentiría con algunos elogios, pero no resultó así. Negaron algunos que la obra fuera útil para su objeto concreto de asesorar escultores; alegaron otros su rápida venta — desde su aparición, dos años antes — que habría constituído para su autor buena fuente de ganancias.

Rodó, ya el maestro de "Ariel" y de "Motivos", salió en defensa de su amigo y compañero antes las objeciones de Frugoni y de Melián Lafinur. No lo hizo, naturalmente, con un alegato extenso y exaltado, ya que éste no era el modo de su oratoria.

Atacó por vicios legales la actitud del Ejecutivo, al encargar la obra y solicitar después fondos para retribuirla; reconoció que Zorrilla se excedió, a todas luces, del limitado blanco preestablecido; sostuvo, desviando el cargo en elogio, que se levantó sobre aquel objeto. Negó por fin que los escultores pudieran manejarse con una sumaria biografía, porque el

artista debe indentificarse con el alma del héroe para reproducirlo en la tela o en el bronce. (13).

Sus palabras fueron de peso y contribuyeron sin duda a cerrar un debate que se complicaba peligrosamente.

Muerte y balance forman el tercer momento de esta relación.

Traídos de Italia los restos de Rodó, velados en la explanada de la Universidad, a Juan Zorrilla le tocó despedirlos en nombre del Presidente de la República, Dr. Baltasar Brum. Lo hizo con un discurso, de circunstancias es claro, pero cálido y sincero en medio de su forzada tiesura y de su inevitable énfasis. Le llama "el vidente de si mismo", "el pensador intenso", "apóstol de las armonías morales", "maestro de idealismos", "artífice iluminado del verbo" (14). Y evoca, terminando, la hora chilena:

"... juntos representamos a nuestro país, y llevamos un mensaje a nuestros hermanos chilenos, cuando ellos conmemoraban el centenario de su independencia. Bien se sentía ya desde entonces, allí como en todas partes, el alborear, en la frente de ese mi grande amigo, de la mañana de este día de definitivos resplandores. Yo puedo y debo repetir lo que yo oía, lo que oían mis propios oídos, cuando, en el desfile, en medio de aquel pueblo, de otras dignas y suntuosas embajadas, pasaba la nuestra menos numerosa... — Es la embajada del Uruguay, — decían los hombres y las mujeres... ¿Cuál es Rodó? ¿Cuál es Rodó? (15)

Pero la sugestión rodoniana no terminó en Zorrilla con la desaparición física de su amigo.

Los postreros años de la primera guerra mundial y los inmediatos de la postguerra significaron para D. Juan una intensa etapa de actividad creadora y reflexiva. Todas las cuestiones cardinales del orden público mundial, la colisión de fuerzas internacionales que en aquel entonces se afrontaban, su significación espiritual, los prospectos más tangibles de una esperanzada paz; todo ello fué repensado lúcidamente por Zorrilla a la luz de su criterio católico y de su flexible sentido histórico, libre de prejuicios y de rencores. No ha sido bien atendida en él — en puridad ni bien ni mal — esta magnífica lección de lo que llamo "su sentido histórico": límpida aventura de un espíritu que — sin más bagaje que unas pocas reglas inmortales; sin ataduras, sin fidelidades perimidas — se enfrenta intrépidamente a un presente conflictual y a un futuro amenazador y a veces enigmático. Tal vez lo haya sido un poco más, ya que es un signo de nuestro mejor catolicismo, la de su auténtica tolerancia cristiana, en el sentido de una comprensión caritativa y cualitativamente humana; de una noción realista de las diversidades históricas y espirituales que integraban su mundo y su América.

Parte de esa labor ha sido recogida en las páginas de la nueva "Revista Nacional" (16) y editada parcialmente en forma de libro en "Las Américas" (17).

Su planteo de la lucha, ya terminada, adolece para nosotros del contagioso y desmentido optimismo de la primera postguerra, pero su mirada aguda caló, casi proféticamente, en los tiempos y algunas de sus antítesis

pueden permanecer sustancialmente vivas en ésta que amenaza ser la antesala prebélica de un tercer conflicto. A la **causa anglorromana** (18) (tradición occidental, libertad democrática, espiritualidad cristiana) tuvo oportunidad de verla triunfante del "cesarismo" aventado temporariamente hacia 1918 y de su eventual y amenazadora colisión con el comunismo (19).

América era para él cosa unitaria (20), proyecto incitante de una Europa "depurada" y cristianizada (21).

Pero en ese nuevo mundo, tan seguro, debía enfrentarse una realidad en la que el fortalecido poder de los Estados Unidos había cobrado decisivo peso. Lejos estaba Zorrilla, decía, de ese sistema de rencores históricos que cuaja inflexiblemente cada entidad nacional en una suerte o repertorio de valores sociales, culturales o religiosos, insensible a toda penetración del Espíritu o a todo cambio de estructuras; lejos estaba también de toda romántica nostalgia de espadas cristianísimas.

Como católico, debía afrontar el problema de la acción hegemónica de una nación preponderante e históricamente protestante. Como hispanoamericano el conflicto de ese poder, y su posible acción cultural, con su sentido filial de lo ibérico y lo latino.

Tanto en lo primero como en lo segundo, la posición de Zorrilla fué clara, tajante, plena de ese "sentido histórico" que señalaba. Levantándose contra la pueril identificación de las estructuras temporales con las religiones, en un magnífico estudio: "La Religión en América" (22), apuntó a destruir, por lo menos en su valor de apotegmas, esos lemas tan afinables, tan reajustables, de "la España católica" o de "los Estados Unidos puritanos y materialistas".

Su solución nos parece — treinta años después — la única vigente, leal, posible. Fué la de algunos de los más y mejor preocupados espíritus de nuestra América. Fué la de Haya en su hora más clara; es la de José Vasconcelos, de vuelta de su etapa de "El Timón". Es, sintéticamente, la alianza de las fuerzas creadoras, sanas y cristianas del Norte y del Sur, contra toda escisión en bloques y contra la memoria artificial de agravios históricos.

Ya decía Zorrilla hacia 1920:

Lo que de eso deduce el buen sentido es que los hispanoamericanos haremos bien en buscar nuestra seguridad no contra Estados Unidos, sino en y con Estados Unidos; en la alianza de los que aquí piensan bien con los que allí piensan y obran bien, y en nuestra guerra con los que allí y aquí piensan mal... (23)

Pero en la ambición de dar la mayor eficacia posible a su palabra, Zorrilla tuvo que enfrentar el prestigio — aun intocado — de los lemas ariélicos.

El discurso de Rodó promovió, al margen y a contrapelo del propio autor, demasiado equilibrado para recargar las tintas de su cuadro, cierto

vacuo orgullo, cierta engolada presunción de lo hispanoamericano. Ese orgullo descansó invariablemente en la grosera antítesis del norte y del sur, de lo sajón y lo latino, como oposición de materia y espíritu, de Calibán y Ariel.

No tengo espacio ahora para destacar que esta posición significó siempre una irresponsable caricatura, que no apoyó casi nunca la crítica solvente y ello desde el más inmediato 1900 hasta casi nuestros días. Ni entonces la suscribieron Pedro Henríquez Ureña, Francisco García Calderón, Juan Carlos Blanco, José de la Riva Agüero o Juan Valera, ni lo hicieron después Ramiro de Maeztu, Zaldumbide, Alfredo Colmo o Juan Larrea.

También él, al enfrentar esas ideas, realiza una revisión del idealismo racial arielico que vale por el tercer y más interesante momento de esa relación intelectual que estoy recordando.

Plantea así el error general:

Los hispanoamericanos solemos asentir con demasiada facilidad a la afirmación de que es la fuerza material, y nada más, lo que la América inglesa nos lleva de ventaja; que ésta es sólo un enorme núcleo de actividades, movidas del interés material, mientras nosotros lo somos de los desinteresados idealismos, "como depositarios de una herencia de raza, de una gran tradición étnica, de un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro". (24)

Con toda justicia personaliza:

Así expresa ese general concepto u aforismo su más ilustre expositor, nuestro José Enrique Rodó... Rodó nos ofrece la visión de Ariel como la del ángel tutelar de la familia. (25)

Pero duda Zorrilla y con razón, de la eficacia religadora, religiosa, de ese arielismo incorpóreo:

...ese Ariel, geniecillo del aire, inglés de nacimiento y de lengua, es demasiado inestable, impalpable y muy poco o nada afirmativo para constituir el vínculo de una fe común. (26)

Y se pregunta, con ironía, al final de "Ariel y Calibán americanos":

¡Oh Ariel, amable genio del aire! ¿Cuál es tu lengua materna, en resumidas cuentas? ¿Hablas efectivamente en español como nosotros? Y tú, Calibán, deforme Calibán, hijo de bruja, el de las piernas parecidas a las aletas de un pescado, ¿es, de veras, cierto, que tú hablas y piensas sólo en inglés, y con acento americano? (27)

La conclusión no es optimista, pero es honesta:

El respeto al dinero es muy grande entre nosotros, no hay duda. Ariel anda en el aire, solo en el aire... A Rodó se le hace poco caso, aunque se le cita mucho. (28)

En otra parte de estas páginas, señala Zorrilla coincidencias con la ideología arielana. Anoto, para terminar este cotejo, la común creencia en "el imprescriptible elemento aristocrático" de la democracia: Democracia, pues, más aún que aristocracia, quiere decir también gobierno de los mejores, y aún del mejor; pero de los mejores dentro del propio organismo

de cuya cabeza se trata, de los que constituyen su vida cuando está sano, y brotan de sus más fuertes energías, no de los sobrepuestos o sin desarrollar superfetaciones o abortos. Y el medio racional de que tal suceda es hacer concurrir a la formación de aquella cabeza todas las células aptas, según su importancia u oficio; hacer que el gobierno proceda del interior de una sociedad; que no sea un sombrero, sino una cabeza. (29)

Este texto merece citarse porque, con una aguda inteligencia que no siempre se le reconoce, el autor de "Tabaré" destaca su concepción del gobierno de los mejores muy lejos de esa verbal hojarasca de oligarcas en la que pensaba Pedro Henríquez Ureña cuando citaba la palabra "aristocracia" como una de las más usadas en la Hispanoamérica de 1900. Que lo aleja de ella y lo filia, muy comodamente, dentro de las mejores concepciones de una "clase dirigente" en la ciencia política contemporánea. Claramente subraya Zorrilla que su idea del elemento aristocrático en una sustancial democracia es la de una sana y connatural formalidad del cuerpo social, la de un biológico acendramiento, la de una íntima calificación por lo mejor. Sorteando Zorrilla, inequívocamente, ciertas deformaciones, no siempre eludibles con los textos del propio Rodó, que ven esa aristocracia — en cualquier aristocracia — una especie de erogación lujosa de las comunidades, un adorno intrascendente de refinamiento y de arte, una flor incapaz de resistir las intemperies de la historia.

La precisión de Zorrilla de San Martín en el texto señalado no es lección despreciable de este rápido enfrentamiento.

Carlos REAL DE AZUA.

-
- (1) En "Número", N° 6-7-8, págs. 300 y ss.
 - (2) Idem, p. 54.
 - (3) En el suplemento dominical de "La Prensa" de Buenos Aires del 2 y 30 de junio de 1929.
 - (4) En "José Enrique Rodó" (Montevideo, 1933), pág. 53.
 - (5) En "Revista Nacional", N° 49, enero de 1942, pág. 134.
 - (6) Idem, p. 135.
 - (7) Idem, pág. 135.
 - (8) Idem, pág. 136.
 - (9) En "Conferencias y Discursos" (Montevideo, 1930), t. III, pág. 42.
 - (10) Idem, págs. 41-57.
 - (11) En "Rodó y sus críticos" (París, 1920), pág. 260.
 - (12) En "Conferencias y discursos", t. III, pág. 53.
 - (13) "Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes", t. 216, pág. 38.
 - (14) "Homenaje a José Enrique Rodó" (Montevideo, 1920), pág. 155.
 - (15) Idem, pág. 160.
 - (16) "Revista Nacional", Nos. 2, 23, 35, 39, 47, 54, 74, 87 y 93.
 - (17) (Montevideo, 1945), recoge el material precedente de los Nos. 23, 39, 47 y 54.
 - (18) "Revista Nacional", N° 2, pág. 190.
 - (19) Idem, pág. 197.
 - (20) "Las Américas", pág. 30, y "Revista Nacional", N° 74, pág. 174.
 - (21) "Las Américas", pág. 24.
 - (22) En "Las Américas", págs. 115-142.
 - (23) Idem, pág. 100.
 - (24) Idem, pág. 32.
 - (25) Idem, pág. 33.
 - (26) Idem, pág. 33.
 - (27) Idem, pág. 42.
 - (28) Idem, pág. 82.
 - (29) Idem, pág. 225.